ENRIQUE MONROY

Todos son gente normal

COLECCIÓN EN VOZ ALTA

A Inbal Miller,
por darme a Heidi.

“Me pregunté entonces cuántos de aquellos hombres la habían tocado,
cuántos sabían de ella tanto como el propio Oreste”

El Diablo sobre las colinas, capítulo XXVIII
Cesare Pavese

La primera vez que crucé miradas con Heidi fue en un momento equivocado, fortuito, efímero, pero de espacio suficiente para no perdernos el rastro durante toda la fiesta. Fue una noche de noviembre, en el cumpleaños de Fernanda Salazar. Esa noche, Heidi y yo nos miramos con todas las atenuantes de dos enamorados que se equivocaron de espacio y de tiempo; de dos individuos que detestaban el aquí y el ahora; de dos personas que lo intentan todo.

Durante la velada descubrimos que nos adorábamos con premura, que agotamos nuestras fuerzas para dejar que el futuro nos alcanzara. Heidi, con sus ojos de mineral y sus pestañas largas y curvas simulaba conversar mientras de soslayo custodiaba mi presencia, sonreía apenas y con sus labios tersos jugueteaba besando el popote, haciendo pucheros o gestos de alegría cada que yo la miraba.

En algún momento de la madrugada fui hasta la cocina por hielo. El ambiente en la casa de Fernanda tenía un aroma a tabaco. Entonces Heidi entró pretextando que necesitaba un vaso. Buscó entre las gavetas, pasó su mirada como una barredora por cada resquicio, en cada superficie, hasta que nos quedamos mirando en silencio y sonriendo un poco. Heidi abrió con levedad sus labios y con ello me dijo tantas cosas. La toqué con lentitud por la cintura y la acerqué hacia mí. Entonces la besé y morí, porque estar con Heidi es morir de inmediato, sentir que una parte del cuerpo se va, que el viento es agua y el aire ahoga lento. Estar con ella es sentirse vació.

En el verano, la casa de campo de Roberto nos sirvió de refugio. Era una estancia grande, lo suficiente para albergar a todos los amigos. Tenía una vista preciosa hacia el mar azul y espumoso del Pacífico. Por aquellos días el sol tostaba la piel, pero en ocasiones el viento del norte golpeaba duro, y todas las chicas preferían cubrirse el torso con alguna blusa de mangas largas o con una sudadera delgada, siempre tratando de dejar sus piernas al aire libre para sentir un poco la brisa del infinito. Heidi llevaba un bañador turquesa, con pendientes de jade que contrastaban con sus nítidos ojos hechos de agua y su cabello quebrado, muy radiante. Aquel día nos hablamos como cómplices, y por primera vez, lejos del alcohol y el tabaco, parecíamos una pareja. Se dirigía a mí como una mujer formada, con esa voz desconocida, muy afanosa y con una sonrisa que delataba júbilo. Corría por la playa con su melena de oro y su risa juguetona, mientras yo la perseguía como siempre lo he hecho. Se tiraba, se revolcaba en la arena de cristal, se quedaba seria, cerraba sus labios y fruncía un poco el ceño tratando de comprender en lo que estaba envuelta.

-¿Estamos seguros de esto?

-¿De qué? – pregunté.

-¡De esto!, de revolcarme en la arena, de ver mi bañador, de besarme… de todo eso – dijo.

La besé de inmediato. Sentí como el agua rozaba nuestras piernas y su piel se frisaba por el frió. Me pidió que la abrazara y no tuve más remedio que entregarme a ella al tiempo que el cielo se volvía gris y en el horizonte, las nubes se cerraban en torno a luces furiosas de tonos azules diversos que prendían y apagaban anunciando un temporal. Entonces nos fuimos abrazados de la playa confundiendo las mentiras con verdades.

Por la noche, el fuego que habíamos provocado con una docena de trozos de madera iluminaba la arena fina y blanca de la playa. Las sombras de los bordes de los cúmulos de sílice que formaban nuestras huellas construían un microcosmos de dunas sin límite. Entre las

negruras estaban nuestras siluetas, las de Heidi y la mía, juntas, mientras Rodrigo nos contaba la historia de su boda fallida, Fernanda reía por las muecas que hacía al contarla, Verónica y Alejandro solamente sonreían al instante en que –como siempre– se miraban y se daban arrumacos como dos expertos sentimentales. Miré a Heidi y encontré que sus ojos se encontraban perdidos entre la oscuridad, en los diminutos puntos cristalinos de polvo y el aura del fuego que ascendía hasta perderse entre la nada. Lucia y Santiago no dejaban de mirarnos a todos, compartiendo sus emociones con vistazos y gestos de alegría. Poco a poco, cada pareja se fue retirando hasta que Heidi y yo quedamos entre el basto silencio y el claro de luna que reflejaba su caridad entre las olas del mar. Las estrellas se veían tan nítidas y el cielo, de un azul encendido, parecía custodiarnos bañando el territorio en donde nos encontrábamos sentados. Esa noche Heidi se recargo en mis pies, se soltó el cabello y me miró por última vez con intensidad.

Llegó el otoño y las llamadas cortas por teléfono eran constantes. Aquella imagen de Heidi en bañador había desaparecido. Ahora era común verle en algún café de la Roma, fumando cigarrillos caros y luciendo abrigos de lana, con botas de tacones altos y pantalones de mezclilla. Cuando llegábamos a encontrarnos nos mirábamos apenas de reojo, sonriendo con la cabeza gacha, recordando en silencio. Necesitábamos espacios cerrados, llenos de nostalgia para poder encontrarnos y de esa manera volver a besarnos, ya no como antes, sino para mantener una representación decadente de lo que había sido un romance furioso, lleno de acertijos y adivinanzas que resolvíamos cada que nuestros cuerpos se mantenían juntos, aunque fuera en espacios lejanos. Así pasamos todo octubre, entre visitas esporádicas y encuentros que intentaban cubrir la soledad de nuestros recuerdos.

Los últimos encuentros fueron casi imprevistos. Cierta tarde de diciembre entré a una librería de la Roma intentando resguardarme de la lluvia. Las hojas muertas danzaban sin parar por las calles mojadas

mientras las copas de los árboles comenzaban a perder pelo. Una campanilla sonó al tiempo en que Heidi entró vistiendo una chaqueta de tweed y unos jeans desgastados. Llevaba el cabello suelto y miraba hacia atrás analizando el clima que azotaba a la ciudad. Preguntó a la encargada por *Tristessa* de Kerouac. Mientras esperaba, la espié. Doblaba su pierna derecha dejando descansar su cuerpo. Veía el techo, los libreros de madera, sus anaqueles repletos de ediciones viejas, cerraba los ojos, aspiraba el aroma a *buqué* literario y los volvía a abrir solo para buscar a la dependienta entre los pasillos solitarios. Cuando por fin llegó la encargada, Heidi abrió su cartera de piel púrpura y sacó un billete de quinientos pesos y le pidió que envolviera el libro. Busqué entre los los libros que tenía frente a mí y encontré el nombre de Kenzaburo Oé. Tomé un ejemplar y salí en busca de Heidi. Ella, al escuchar mis pasos levantó la mirada y me observó con sorpresa.

-Tanto tiempo… – dijo con seriedad.

-Ya lo creo… es un gusto verte.

-Este sitio es taaan frió… me deprime estar en lugares así –dijo mirando a la muchacha que envolvía el libro con desenfado–. ¿Cómo es que no haz hecho nada de ruido?

-Estaba mirando algunos libros.

Observó mi mano que se encontraba recargada en el mostrador y miró el libro que sostenía con mi mano izquierda.

-¡Hum!, *Una cuestión personal*… – dijo casi susurrando.

-¿Lo es? – pregunté buscando sus ojos.

La muchacha, que tenía una maestría en envolver presentes, había terminado el trabajo. El libro ahora lucía un disfraz en tonos rojos y amarillos, con un gran moño crema en la parte superior derecha.

-He intentando llamarte pero… – dijo.

-He estado en mi departamento casi todo el tiempo.

-¿Sigues escribiendo? – preguntó.

Asenté.

-Me refiero a que no he podido llamarte por falta de… tiempo, de valor supongo… – agregó.

Le dimos gracias a la muchacha y salimos del local. El temporal no amainaba y sus gotas torpes poco a poco mojaron nuestras melenas. Heidi se pegó a mi hombro y me tomó de la mano.

-La lluvia nos persigue siempre, ¿sabes? – dijo mirando hacia la acera, donde los autos pasaban y dejaban marcas de espuma.

Las manos de Heidi estaban frías, intenté darles calor con las mías, pero las quitó con lentitud alegando no tener más tiempo y se despidió.

-¿Por qué no vas esta noche a la fiesta de graduación?, sería un placer que nos acompañaras – dijo mientras caminaba de espaldas hasta que subió a su automóvil.

Recuerdo que las luces golpeaban mi rostro con violencia. Recuerdo ver miles de expresiones con sonrisas amplias, trajes elegantes rodeando las cabelleras multicolores de mujeres casi perfectas. Recuerdo buscar a Heidi entre la multitud hasta que la encontré bailando en el centro de la pista. Lucía hermosa envuelta en seda, con sus hombros y cuello dispuestos y su cabello de sol casi libre. Al verme sonrió y fue hasta donde me encontraba.

-Haz venido… – dijo sacando un poco de aire.

Hubo un silencio corto.

-Ven, tenemos que hablar – dijo tomando mi antebrazo y agachando un poco la cabeza.

Caminamos hasta el jardín del salón. Una vez afuera nos analizamos un momento hasta que su voz rompió la calma.

-Verás… no sé como decirte esto, pero el verano pasado, en la playa, tú sabes… sucede que estaba embarazada pero no pude… no podía –dijo encendiendo un cigarrillo– lo siento, por esa razón he tratado de evitarte, me siento tan apenada.

Y algo murió en mí, algo que se transformo en amargura.

Esa noche Heidi se veía más hermosa que cualquier otro día y comprendí entonces mi eterna disposición por quedarme a su lado. Le

pregunté el por qué, pero ladeo su cabeza un poco, se mordió los labios y con su mirada me pidió comprender.

Me marché sin decir nada. Lo demás lo imagino. Imagino a Heidi con su traje caro y delicado mirándome partir. La imagino bailando entre algodones y vientos que contienen caballos galopando entre las dunas. La imagino sonreír y puedo ver sus ojos verdes destellar como obsidianas en batalla, chocando y quebrándose por un camino sin limite. La veo también perderse entre la multitud mientras el color cobre de su vestido permanece en mi mente como un hecho ficticio. Sí, la sigo imaginando con ese gesto tan amplio de alegría, mirándome con toda su atención posible, tratando de no perderme de vista. Aún puedo verla en mi mente, pero detesto no sentirla. Y entonces tengo que regresar a la memoria para analizar aquella noche cuando sus guantes cubrían sus delicados brazos rubios. Una y otra vez.

Han pasado dos años de aquel suceso, y sí, Heidi se ha casado y ha tenido hijos, me lo ha dicho Fernanda por teléfono ayer.

México, mayo 27 – junio 10, 2008

Nota: este cuento fue leído a voz alta en el *2da. Jornada Literaria*, que la Universidad Autónoma de la Ciudad de México campus Cuautepec organizó el 9 de diciembre del 2008.

EMB
Enrique Monroy Biblioteca

© Enrique Monroy, 2008

Todos son gente normal by Enrique Monroy is licensed under a
Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Unported License.
Creado a partir de la obra en
https://sites.google.com/site/tenegromx/literatura/todos-son-gente-normal.

4a digitalización, octubre 2013.